NOTAS

CARLOS DE LA ISLA: UN DISIDENTE ALADO

*Luzelena Gutiérrez de Velasco**

104

Cuando en 1987, hace más de diez años, llegué al ITAM, por la generosa invitación del Dr. Rodolfo Vázquez, descubrí que me había equivocado. Creía, en aquel entonces, que mi tarea se reducía a fundar un Centro de Lenguas y a enseñar con muchos ánimos. Bien pronto, me di cuenta del engaño y fui descubriendo que en verdad había venido a aprender, con las y los alumnos y con mis colegas. Entre otros(as) muchos, tuve (y tengo) dos maestros excelentes: Luis Astey, siempre presente en nuestra memoria, y don Carlos de la Isla. De ambos he recibido enseñanzas para la vida, que son las que fundan el significado del futuro. Por esta razón, me congratulo al compartir una lectura de este libro: *De la perplejidad a la utopía*, que reúne algunos de los más destacados artículos y ensayos que Carlos de la Isla ha escrito a lo largo de más de

veinte años. Todos sabemos que Carlos de la Isla ha sobresalido como maestro (con mayúscula) y como pensador universitario de primer rango, de manera que no hace falta insistir en estas características que lo distinguen en la *turba multa*. Cada uno y una podemos recordar anécdotas que describen a este filósofo de la educación, a este maestro. Yo quisiera traer a cuento sólo un recuerdo, acorde con la construcción de los textos que nos ocupan y revelador de la especificidad de este autor; en una junta de Facultad, en la que se discutía acaloradamente una cuestión vinculada con los principios universitarios, Carlos de la Isla, solitario y valiente, defendió los derechos de los marginados contra la opinión general, que favorecía a los privilegiados. Su voz se oponía al tranquilo consenso de la mayoría. En ese momento, el significado de su apellido se puso a funcionar en mi imaginación: allí estaba ese defensor de los

* PIEM—El Colegio de México.

NOTAS

derechos humanos, solo, contra una mayoría aplastante. Entre los otros privaba un embeleso por el neoliberalismo y una convicción con respecto a las propuestas globalizadoras. Carlos de la Isla insistió en señalar los peligros que tales proyectos conllevaban. Ahora, al paso de los años, la realidad va dándole la razón a este 'disidente alado'. Con ese recuerdo en mente, me sumergí en la lectura de los textos que conforman este libro y que nos muestran a un Carlos de la Isla perplejo (en el momento de la contemplación que prepara el futuro) y que nos advierte de los peligros diversos en los que incurre nuestra civilización (civilizaciones). Sin perder su capacidad de asombro, conduce su reflexión hacia el mundo y hacia los otros. No es un pensador introspectivo, sino un filósofo que medita en torno a cuestiones que son cruciales en un mundo que ha dejado de lado el principio de ejes cognoscitivos, de los *universalia*, en favor de principios rizomáticos entre los que no se establecen jerarquías de valor.

Carlos de la Isla defiende algunos principios como condiciones fundamentales para la construcción de una utopía, en ese sentido del "hacer posible lo deseable". En la búsqueda de soluciones viables, desentraña la riqueza de una educación como conciencia crítica de la socie-

dad; una educación que prepare a los educandos para el pensamiento, para la imaginación, para la invención; en suma que los enseñe a valorar y actuar en un ámbito de independencia, autonomía y libertad. En sus argumentaciones, se opone a la enseñanza repetitiva, conservadora, memorista y no comprometida, como proceso de domesticación. Y, en la senda de educadores como Paulo Freire, privilegia la formación sobre la información y señala la misión universitaria vinculada con una dimensión social y una responsabilidad social. Asimismo, Carlos de la Isla combate en contra del reforzamiento que se da en algunos claustros universitarios, en tanto abundan las diferencias sociales y las injusticias sociales. Estas reflexiones universitarias se despliegan sobre los campos de la ciencia, la empresa y alcanzan a la sociedad en su conjunto. En relación con la investigación científica, se enfatiza la urgencia de abandonar una supuesta neutralidad, que oculta los mecanismos perversos de nuestras sociedades, porque destruyen y matan, en el 'santo' nombre de la ciencia.

En el análisis de la empresa, Carlos de la Isla pone de relieve la imperiosa necesidad de llevar a cabo un empleo más justo y racional de los recursos —materiales y humanos— y se une a las voces que, por todo el

NOTAS

106

planeta, claman por una distribución más equitativa de las riquezas reales y potenciales, que favorecen a tan pocos, en detrimento de las mayorías hambrientas, desempleadas, enfermas, ignorantes... La Universidad, la ciencia y la empresa, entendidas en esos términos, sentarán las bases para apuntalar un proceso de democratización. Carlos de la Isla cree y defiende una democracia en este final de siglo y principio de milenio. Sabe, con gran sabiduría, documenta y discute sobre la apremiante necesidad de hacer posible esa democracia inédita, con la mirada puesta en la utopía, contra el control y el dominio de unos pocos sobre los muchos. Defiende, y con razón, una utopía constructiva contra los poderes avasallantes del dinero, del dominio político y de la ignorancia. Por ello, *De la perplejidad a la utopía* recopila lecciones profundas sobre el presente y el futuro, que invitarán a los lectores y lectoras a emitir juicios sobre nuestras acciones privadas y públicas, porque todo pensar y hacer repercuten en la construcción de la utopía. Sin embargo, no hay utopía completa si no se denuncia y anuncia uno de los problemas más graves de nuestra época: el de la condición de las mujeres y las niñas en todos los ámbitos. Tengo la completa seguridad y confianza de que, con bondad, Carlos de la Isla habla y escribe

por todos, por todas, pero me atrevo a decir que su lenguaje nos ha incorporado —a las mujeres— al término genérico ‘hombre’, que ya no responde a nuestras exigencias. Indudablemente, en su recuento sobre la educación, incluye los planteamientos de Madeleine Arnot que se opone a la “educación indiferenciada” y pugna por una justicia social en la educación, que incluya a las mujeres. Y si me atrevo a enunciar este problema es porque sé que Carlos de la Isla escuchará mi reflexión, que defiende la equidad en los derechos y obligaciones para hombres y mujeres, con el respeto a nuestras diferencias. En el proceso de democratización subyace esa urgencia de la participación de las mujeres, como también de las y los marginados, de todas las etnias. Estoy convencida de que no estamos en desacuerdo, pero las palabras representan al mundo y, por ello, abogo por esa equidad con diferencia en la representación, que no se nos borre, ni se nos difumine, que no desaparezca el trabajo (doméstico o público) que realizamos las mujeres. Sí, quisiéramos que culminen la feminización de la pobreza, los altos índices de deserción escolar femenina, la violencia en contra de las mujeres, el ninguneo que nos opaca. Por esas razones, rehuimos la neutralidad y esperamos construir, junto con los

NOTAS

hombres, en estado de asombro y perplejidad la utopía que nos incluía. No queremos seguir repitiendo la pregunta que muchas y muchos nos hacemos: “¿por qué la diferencia sexual se traduce en desigualdades genéricas?”.

Carlos de la Isla sabe y entiende estas cuestiones, por eso nos ha regalado la riqueza y la profundidad de sus enseñanzas en los artículos de este libro. Su disciplina, su espíritu crítico y su sabiduría se aúnan a su honestidad, su dignidad y su entereza. Por todo esto, si yo tuviera un sombrero, me lo quitaría para decir como los franceses y las francesas “*chapeau*, maestro”.